

Antonio Boggiano

SANTO ROSARIO

2018

MEDITACION DEL ROSARIO SANTO

Estas son, o pretenden ser, meditaciones. Es claro que uno no suele meditar a solas, lo cual es difícil y expuesto al solipsismo.

La meditación viva requiere un interlocutor. Una persona o varias. Un libro o varios. Hay una sola persona con la que podemos meditar a solas, en lo secreto, sin que lo hablado pueda divulgarse. Nos busca por todos los caminos, las ciudades, por todos lados. Es Dios.

Se dirá: pero hablar con Dios no es cosa fácil. Debe haber requerimientos muy especiales. Podemos hablar con Dios. Él nos enseña a orar. Nos presta atención. También hay libros que nos enseñan a hablar con Dios.

Meditar también es dialogar con alguien con quien se piensa un asunto.

Es verdad, con Dios es distinto. Dios “habla a los hombres como amigos y se entretiene con ellos, para invitarlos y admitirlos a la comunión con Él” *Dei Verbum*, n. 2.

¿Qué es esto? Cristo nos habla con palabras humanas de Dios. ¿Quién no entiende la parábola del buen samaritano?

¿Cómo ocurre eso? Por la venida de Dios a nosotros para “entretenernos y admitirnos a la comunión con Él”.

Viene con la Encarnación. Dios se hizo hombre. Siendo Dios realmente, tomó la naturaleza humana para poder hablarnos y enseñarnos. Y redimirnos. Es Él. ¿Lo creemos? Si no lo creemos no nos detendremos a hablar con Él o tal vez, sí. Pero sin creer le diremos: “ven otro día y te escucharemos” como le dijeron los griegos a Pablo, apóstol, enviado por el Salvador.

Si creemos diremos como Pedro: Tú eres el Cristo. Y allí Dios nos llevará con su Palabra que es Él, por nuestra vida.

El tema de nuestra conversación con Él será nuestra vida. Nuestra vida termina en la muerte. “Nuestras vidas son como ríos que van a dar a la mar”. La muerte es el único verdadero interrogante del hombre. Por eso Schopenhauer decía que era la diosa de la filosofía. ¿Qué será de mí?

Pero la bibliografía es inagotable.

Nos enfrentamos, nos anticipamos a ella con la Palabra de Cristo que nos dice: Si estás unido a mí, no morirás.

¡Que majestuoso es esto!

Es lo más grande: tú no morirás. Tendrás una vida eterna y feliz.

Pero hay algo que nos pide: que estemos con Él. Se dirá, hablar con Dios es ya estar con Dios... Si... pero ha de ser un hablar de unión, una comunión, una participación. ¿Y cuál es esa unión? “El que no toma su cruz y me sigue no es digno de mí”. Cristo nos une con su cruz, con la de Él que debemos tomar como nuestra. Nuestra vida con Cristo es una vida con cruz: la suya, que nos participa. Nos da tristeza pero ésta se convertirá en alegría perdurable. Es una promesa. ¿Creemos?

Recordemos a Jesús en el Huerto. “Triste está mi alma hasta la muerte”. Todo el mal de la historia pesa sobre el alma justa de Jesús.

Jesús sabe lo que le espera “Si puede ser...”. Pero Él sabe que no puede ser. No puede pasar de Él el cáliz de su Pasión Redentora. La gloria de la Resurrección vendrá, después...

¿Cómo será el tiempo para Dios? Para el Dios encarnado hay una tristeza de ahora... del huerto.

¿Cómo fue Señor? Tú, más que nadie puede comprender nuestra tristeza y dolor.

Ayúdanos señor. Danos la gracia de estar contigo en nuestro dolor. Que nuestro dolor sea tu dolor. Si pudiera ser, que estén juntos, porque nuestra alma también está triste. Sólo Tú puedes introducir nuestra alma en la vida trinitaria; en el “Abba, Pater”.

Debemos hablar con Dios de nuestras tristezas, miedos, angustias, ahogos, derrotas y fracasos grandes. Él podrá decirnos: las conozco, las llevé en el huerto, en la flagelación, en la cruz. Conozco tus dolores, tus miedos. Y también tus pecados. Créeme que todo lo que dices lo padecí por ti. Y nos dirá nuestro nombre. Ten ánimo, algunas cosas me han gustado. Nosotros no lo sabemos. Podemos atisbar pero, ¿saber? No lo creo. Podremos ir adelante y decirle: Tengo miedo de todas las cosas malas que he hecho y las buenas que he hecho mal. Él dirá: No temas. Dime todo. Llévalo a la penitencia cotidiana. Tus ejercicios físicos –que te disgustan-, hablar con dulzura a quienes te atacan. Perdona a todos contra quienes tengas quejas... y así íntimamente seguirá nuestra oración con Dios. Hablaremos de las pérdidas que todos padecemos.

Esta oración puede también versar sobre los misterios del Santo Rosario.

Para ello me he valido de unos pocos libros que serán citados solo con el nombre del autor y las páginas: Ratzinger-Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, BAC Madrid 2015, Ocariz, *Naturaleza, Gracia. Gloria*, EUNSA, Pamplona 2000.

I

MISTERIOS GOZOSOS

A

ANUNCIACION A MARIA SANTÍSIMA

“CHAÎRE”

“DIOS TE SALVE”

¡ALEGRATE!”

TEOLOGIA DE LA ALEGRIA

He aquí el comienzo del Evangelio. La buena noticia. Alégrate por ello. Os anuncio una buena noticia. Y los discípulos se llenaron de alegría al ver al Señor. “Volveré a veros, y se alegrará vuestro corazón y

NADIE OS QUITARA VUESTRA ALEGRÍA” (Jn. 16.22).

Nosotros conocemos alegrías transitorias, efímeras, pero aquella será una alegría imperecedera. Sin fin. ¿Cómo será ella? No lo podemos saber ni imaginar siquiera. Solo será cuando vuelva. El Señor dice: “Volveré a veros, y...”

La alegría como don del Espíritu Santo aparece también como regalo del Salvador p. 23.

En griego, alegría y gracia forman una unidad (Ratzinger, 24).

El Santo que nacerá de María será llamado Hijo de Dios (Lc. 1,35).

En la Anunciación se insinúa el misterio del Dios Trino (Ratzinger).

También el nombre de Jesús (Dios salva).

Ratzinger enhebra los textos del Ángelus y del Nuevo Testamento de modo tan magistral que vale aquí una remisión (p. 26, 27 ss.).

“Su reino no tendrá fin” dice Isabel a María.

Pero su “reino no es de este mundo”

Ratzinger hace una afirmación penetrante “...porque en él penetra en este mundo el reino de Dios” (p. 27).

Ante el ángel María procura entender: “¿Cómo será esto...?” (Lc. 1.34).

Ratzinger estudia las interpretaciones de esta respuesta de María desde Agustín en adelante.

Queda en pie el misterio de esta pregunta.

Luego de la explicación de Gabriel viene el sí de María: “Hágase en mi según tu palabra” (Lc. 1.38)

Su respuesta afirmativa la hace Madre de Dios.

¿Cómo iría el hombre a Dios si Dios no fuera primero al hombre? (San Ireneo).

El ángel se va y María sigue su camino que pasa por la Cruz y la Asunción.

II

LA VISITA DE MARIA SANTISIMA

A SU PRIMA SANTA ISABEL

La Madre del Señor fue sin demora a visitar, para asistir a su prima Santa Isabel, ante cuyas palabras la Virgen recitó el *Magnificat*. Una oración que conviene rezar siempre en este misterio y cuyo texto es el siguiente:

“Mi alma canta la grandeza del Señor y mi espíritu se estremece de gozo en Dios mi Salvador, porque Él miró con bondad la pequeñez de su servidora. En adelante todas las generaciones me llamarán feliz, porque el Todopoderoso ha hecho en mí, grandes cosas.

Su nombre es Santo. Su misericordia se extiende de generación en generación sobre aquellos que lo temen. Desplegó la fuerza de su brazo, dispersó a los soberbios de corazón.

Derribó a los poderosos de su trono y elevó a los humildes. Colmó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías. Socorrió a Israel su servidor, acordándose de su misericordia, como lo había prometido a nuestros padres, en favor de Abraham y de su descendencia para siempre”

Zacarías, esposo de Isabel, quería ver la salvación de Israel.

Hay una relación, diríamos una cierta analogía entre Zacarías e Isabel y Simeón y Ana.

El Espíritu Santo guiaba sus actos todos y palabras.

María Santísima visitó a su prima sin demora, sin dilación, sin peso; a pesar de que llevaba al Salvador en su seno por caminos montañosos difíciles. El Espíritu Santo la iría preparando para su camino junto a su Hijos en la Pasión y en la Gloria.

III

EL NACIMIENTO DE JESUS

José era un “hombre justo”, un “hombre de fe” habitaba en la Tora, la palabra de Dios. Es “bendito” el que “confía en el Señor y pone en Él su confianza”.

Pensemos en la psicología de José frente al estado de María.

Cristo nació no como persona humana. No nació con filiación adoptiva, esto es, participada, sino con la única Filiación sustancial como la única Persona divina (Ocariz, p. 81).

La Encarnación es *camino y paradigma* de la divinización de los hombres (Ocariz p. 81 n.59 citando a Santo Tomás).

Y así, la adopción filial es la deificación de toda persona humana (Ocariz, de Santo Tomás p. 81 n. 60).

La Humanidad de Jesucristo tiene la personalidad divina, la del Hijo.

Los primeros testigos del gran acontecimiento son pastores en vela (Lc. 2.85, (Ratzinger, 54).

Los pastores, los pobres, las almas sencillas son los que reciben el acceso al misterio de Dios. El que nace entre pastores, Jesús, será el gran Pastor de los hombres (Ratzinger p. 55 cit.).

Hay algo extraordinario con relación a los pastores que ha de resaltarse.

El ángel indicó a los pastores que hallarían al Dios glorioso como niño en un pesebre. También apareció una legión del ejército celestial que alababa a Dios diciendo:

“Gloria a Dios en el cielo y en la tierra paz a los hombres de su complacencia” (Lc. 2, 12-14).

No sólo un ángel. Una multitud, una legión de ángeles ante los pastores. Sí que es extraordinario.

Los pastores, llenos de alegría y cierto temor, fueron de prisa a ver al Dios nacido en el pesebre angelical.

Ese pesebre, la casa de Dios cantada por los ángeles fue el sencillo y humilde palacio divino. Veámoslo como un palacio porque allí nació Dios.

Veamos palacios en los Sagrarios donde está Dios. No sólo las grandes basílicas cuyo esplendor es mil veces justo, sino todo sagrario. Veamos allí, en derredor, un palacio celestial y adoremos a nuestro Dios de rodillas. Y saquémonos una foto allí y no tantas en el palacio papal.

Lo dicho. Dicho está.

Podríamos seguir con las consideraciones de Ratzinger. Pero este es un texto para rezar, no un libro de teología del todo fuera de mi alcance. Nótese lo obvio: que yo no podría terciar en las controversias entre los autores citados por Ratzinger.

El Niño Jesús está elevado en su Humanidad por la plenitud de la gracia creada (Ocariz, 81, y la doctrina allí expuesta que por su profundidad no puede ser tratada aquí, como v.gr. el acto de ser “punto de contacto entre lo natural y lo sobrenatural” p. 82).

El nacimiento de Cristo es un acontecimiento divino lleno de misterio misericordioso pues si cuando éramos “hijos de la ira”, sujetos al mal del pecado envió Dios a su Hijo para redimirnos a gran precio, esto es, la muerte del Hijo de Dios, ¿qué no hará ahora que fuimos redimidos? (Rom. 5, 8-10).

La monumental obra, *La Biblia Comentada por los Padres de la Iglesia*, preparada por Gerald Bray con el Editor General Thomas C. Oden y la dirección de la edición en castellano de Marcelo Merino Rodríguez, tomo 6, Romanos, podemos leer del 5.8 al 5.10 de la Carta de San Pablo

con comentario de Orígenes, *Comentarios sobre la Carta a los Romanos*, 4, 11, *Commentari in Epistulam ad Romanos*, editado, 2, 288 por T. Heithier 5 Vols. Ed. Herder Freiburg im Br 1990-1995 y otros allí citados.

Ruego al lector ver personalmente la Bibliografía y las Abreviaturas de esa obra. Véala. Nada más. Y al descubrir toda la literatura de la patrística y sus ediciones se impresionará, estoy seguro. Y hablo de la Patrística solamente. Piénsese en todo lo ulterior hasta hoy.

No puedo abstenerme de decir que me da otra prueba o semiprueba de Dios, de la Cristiandad y de la Iglesia

Y tal vez, piense o siente, como yo: Esta es una prueba más de nuestra fe, pues de otro modo como pudo hacerse toda esa obra sin la ayuda del Espíritu Santo, de Dios

El nacimiento del Hijo de Dios como hombre va encaminado a su Pasión, Resurrección y Ascensión a la diestra del Padre al Juicio. Pongamos todo en el corazón del Niño Dios, como los pastores y los reyes magos, como Simeón, pues nuestra vida depende ya de cada latido del sagrado corazón de Jesús que nos ama incomprensiblemente, misteriosamente, pero nos ama. Ningún hombre puede decir ya que carece de amor. Podrá sufrir muchas carencias y males pero es amado por Dios. Poned a vuestros hijos el nombre *Amado* porque es lo más esencial que tenemos. Todas nuestras prerrogativas, derechos y dignidades tienen en el amor de Dios su raíz y su título.

Todo lo hizo Dios por amor a nosotros. Tenemos a nuestro Amante, Defensor, Creador, Recreador, en el Cielo. Prorrumpamos de gozo, si bien aún incipiente, hasta que nadie pueda quitarnos la alegría. Dios camina a nuestro lado, guiando por el Espíritu Santo nuestra inteligencia y amor.

IV

LA PRESENTACION DE JESUS

EN EL TEMPLO

Léase a Ratzinger en las p. 59-64

Jesús fue incorporado a la tradición de Abraham por su circuncisión al octavo día de su nacimiento.

La familia de Jesús pertenecía a los pobres de Israel.

La “purificación” de María no es tal, sino el cumplimiento de la ley.

La *presentación* de Jesús significó su *ofrecimiento*.

Jesús es entregado totalmente a Dios. Allí ocurre una profecía. El anciano profeta Simeón y la profetiza Ana acuden al templo y dan la bienvenida al “Mesías del Señor” (Lc. 2,26).

Me permito relacionar a Simeón con Zacarías. Ambos vieron la “salvación de Israel”. Ambos aguardaban el “consuelo de Israel”.

Consuelo es el Paráclito. El Espíritu Santo consolador. Simeón es hombre de esperanza y está sobre él el Espíritu Santo (Ratzinger, 62).

Toma al Niño en sus brazos y exclama:

“Ahora Señor, según tu promesa, puedes dejar a tu siervo irse en paz” (Lc. 2,29).

El niño Jesús es designado como “El Salvador”. “Luz para alumbrar a las naciones” y “gloria de tu pueblo Israel” (Ratzinger 62).

Y profetiza: Jesús “será un signo de contradicción. Y a ti misma una espada te traspasará el alma”. Con la teología de la gloria está indisolublemente asociada la teología de la cruz (Ratzinger 63).

La redención no es *wellness* (Ratzinger 63)

También profetiza la MATER DOLOROSA

Naturalmente, estos relámpagos de Ratzinger hechos aquí, remiten a su lectura integral muy accesible.

Bien vale meditar el Rosario con Ratzinger y rezarlo contemplando la vida de Jesús y la de su Madre, entre otros personajes de la historia sagrada de los Evangelios.

Así, será conveniente leer el capítulo 4 (p. 65 ss.) sobre los sabios de Oriente y la huida a Egipto.

V

JESUS PERDIDO Y HALLADO EN EL TEMPLO

JUNTO A LOS DOCTORES DE LA LEY

En el regreso de una peregrinación a Jerusalén, Jesús se perdió de la vigilancia de sus padres, quienes volvieron en su búsqueda a Jerusalén con temor y preocupación.

Sólo después de tres días lo hallaron en el Templo. ¡Tres días! ¿Una señal premonitoria de la Pasión?

Tres días de angustia y dolor... “Hijo, por qué...tu padre y yo te buscábamos angustiados” (Lc. 2,48).

La Madre de Jesús dice “angustiados”. ¿Cómo dudar de su angustia?

Es un tanto misteriosa la respuesta de Jesús. Él debía estar en la casa de su Padre.

Podríamos pensar que Jesús pudo avisar a María y José. ¿Por qué no lo hizo? Por obediencia al Padre sí, pero a ellos también les estaba sujeto.

¿Hay aquí un preanuncio de la Cruz o algo vinculado a ella que deberían empezar a conocer sus padres?

¿No habría cierta analogía en esos tres días con la Pasión? No me atrevo a responder. Observo que aquí Ratzinger es muy parco (p. 91).

Busquemos a Jesús como sus padres y lo hallaremos en el Templo en dialogo con los doctores.

Jesús, enséñanos lo que decías en el Templo.

Sabemos que Dios se hace buscar y esperar. Veamos lo que esperaron Ana y Simeón. Esperaron hasta la muerte. “Ahora puedo partir”

Jesús volvió con sus padres y les estaba sujeto. Obedecía a María y José. ¿Cómo sería la vida de este hogar divino? Sería una vida con las cosas de Dios, del Padre. ¿Qué les diría a María y José el Niño Jesús en todo ese tiempo. Todo lo que Él dijera e hiciese, serían enseñanzas para su oyentes.

II

MISTERIOS DOLOROSOS

I

LA ORACION DE JESUS EN EL HUERTO

No puedo suplir la lectura meditada de Ratzinger. Reitero aquí estas consideraciones.

Jesús oraba solo, pero con la cercanía de los tres.

Marcos nos dice que Jesús comenzó a “entristecerse y angustiarse”. Jesús mismo “Me muero de tristeza” “Mi alma está triste hasta la muerte” “Velad conmigo” (Mc. 14, 33 y ss).

La somnolencia es ocasión para el poder del mal.

Jesús cayó rostro en tierra en gesto de sumisión a Dios.

“Si es posible, aleja de mí este cáliz, esta hora”, (Mc. 14.35).

Luego viene la frase esencial, “¡Abba! (Padre). Tú lo puedes todo, aparta de mi este cáliz. Pero no lo que yo quiero, sino lo que Tú quieres” (Mc. 14,36).

Aquí el universo parece estallar. Pero no. El Hijo une su voluntad a la de su Padre que lo amaba divinamente en esa hora como así el Espíritu Santo Consolador.

Sudó gotas de sangre (Lc. 22.44). Abismal temor ante la nada.

Juan expresa la angustia de la creatura frente a la cercanía d la muerte.

Todo el mal frente a Jesús, que lo asume para vencerlo.

Su decisión es la que posibilita el martirio (Bultman cit por. Ratzinger, p. 504).

Lo escrito antes debe meditarse muchas horas por día sin agotar la hondura de su sentido.

No sólo leáis. Medita todo lo que puedas querido compañero de camino. Aquí está el principio de la salvación del Mundo.

También nuestros pecados estaban en aquel cáliz. Aquellas gotas de sangre las he derramado por ti. (Pascal) (Ratzinger 505).

La voluntad de Jesús se unifica con la del Padre, quien comparte el sacrificio para salvarnos.

La muerte infamante de la Cruz se convierte en la gloria de la Resurrección.

No pienso, con respeto, que considerando las dos naturalezas de Jesús, se pueda resolver el asunto.

Toda la naturaleza y toda la divinidad de Cristo se unieron a la voluntad del Padre. La contradicción es provisional en el tiempo, no definitiva ni real.

La única coherencia viene de la Resurrección que vence a la muerte y acoge con creces la integridad de la petición de Jesús en el Huerto. Nosotros tenemos, quizás, una visión simple del tiempo que nos impide ver, tal vez, la unidad de la Cruz y la Resurrección. El hoy y el ayer ya no existen, tal vez, en la Resurrección.

“La cruz misma se ha convertido en la glorificación de Dios, una manifestación de la gloria de Dios en el Hijo. Esta gloria va más allá del momento, impregna la amplitud de la historia” (Ratzinger p. 512).

“En la Cruz aparece la gloria de Dios, la transformación de la muerte en vida” (Ratzinger, loc. cit).

“Desde la cruz viene a los hombres una vida nueva. En la cruz Jesús se convierte en fuente de vida para sí y para todos. En la cruz la muerte queda vencida”

En efecto, esta muerte no le incumbía solamente a Él. La suya fue una muerte “por los otros”; fue la superación de la muerte en cuanto tal” (Ratzinger 512).

Cada uno puede meditar muy personalmente este misterio.

II

LA FLAGELACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Se abre el proceso de Jesús. Jesús es llevado ante el Sanedrín y ante Pilato.

Interrogado por Pilato, Jesús dice: “Mi reino no es de este mundo. Si lo fuera mi guardia habría luchado para que no cayera en poder de los judíos” (Jn. 18.36).

Jesús no afirma un reino de poder sino un reino de verdad. “Todo el que es de la verdad escucha mi voz”.

Es comprensible que Pilato preguntara “¿Qué es la verdad?”

Y la política, en vista de la imposibilidad de poder contar con un consenso sobre la verdad y apoyándose en esto; ¿no se convierte acaso en instrumento de ciertas traiciones que en realidad son sólo formas de conservación del poder’ (Ratzinger 531).

Dios es, en sentido propio, la verdad *ipsa suma et prima veritas* (Santo Tomás, *De veritate*, q.1 a. 4 c).

Pilato tiene miedo. Tanto de la eventual divinidad de Jesús cuanto de la enemistad del César.

Pilato mandó azotar a Jesús. La flagelación era concomitante con la pena de muerte.

Por la flagelación, algunos perdían la vida pues era “golpeado hasta el cansancio de los guardias y la carne del flagelado colgaba a girones sanguinolentos (Ratzinger 536 y sus citas).

Los estudiosos dicen que la flagelación hizo necesaria la intervención de Simón de Cirene para sostener la cruz y apresuró la muerte de Jesús.

III

TERCER MISTERIO

LA CORONACION DE ESPINAS

Los soldados se burlan, lo visten con un manto púrpura y lo coronan de con un tejido de espinas y le dan un cetro de caña: “Salve rey de los judíos”. Todo es dolor moral y físico (Ratzinger 536 y sus citas).

Así fue llevado a Pilato y éste lo presentó al pueblo: *Ecce homo*. En Jesús aparece lo que es profundamente el hombre (Ratzinger 537).

En Él se manifestaba la miseria de todos los golpeados y abatidos. En su miseria se refleja la inhumanidad del poder humano que aplasta de esta manera al impotente. He aquí el pecado.

Pero a Jesús no se le puede quitar su dignidad de Dios oculto que acompaña a los que sufren.

Si pensamos que todo eso lo hizo por cada uno de nosotros... *oremus*.

Así, en su Pasión, Jesús está al lado de los que sufren (Ratzinger 537).

IV

CUARTO MISTERIO

JESUS CON LA CRUZ A CUESTAS

CAMINO DEL CALVARIO

Si reflexionamos por un instante que toda la Pasión de Cristo fue para nuestra redención: como veremos a Dios llevando, cargando, impotente, casi, el leño de la cruz.

Jesús cae con la cruz auestas sobre su cuerpo flagelado y humillado.

Esas caídas son para salvarnos.

Lo ayuda Simón de Cirene. Su madre lo mira. Indescriptiblemente.

Pongámonos en ese camino y tomemos la Cruz de Cristo. Podemos unirnos a Él en nuestra vida. Todos nuestros sufrimientos puestos para ayudar a Jesús a cargar la Cruz. Cada cual, sabrá.

V

CRUCIFIXION Y MUERTE

DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

“Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lc. 23,34).

Pero aun así, algunos se burlan.

Entre ellos, dos crucificados por resistencia contra el poder romano.

Uno, sabe, intuye, advierte que Jesús no es un delincuente y le pide: “Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino” (Lc. 23,42). No sabemos lo que pensó este “buen ladrón”, pero quería estar con Jesús, unido a Él en su reino, en su gloria. Ya lo estaba en la cruz.

Jesús le dice:

“Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc. 23,43).

¿Qué será del otro “ladrón”? El silencio de Jesús llena la cuestión de misterio. Él se burlaba también de Jesús. Pero... ¿si los que le dieron muerte no sabían lo que hacían? ¿Qué será de los que se burlaban ante la Cruz?

Jesús exclamó: “Dios mío, Dios mío, ¿Por qué me has abandonado?” (Mt. 27,46; Mc. 15.34).

Puede vincularse al Salmo 2,2 (Ratzinger p. 548). Las consideraciones de Ratzinger p. 548-9 son para meditar devotamente.

Una palabra sobre la túnica inconsútil, sin costura. Los Padres han visto este texto como alusión a la unidad de la Iglesia (Ratzinger 550).

Al término de su Pasión Jesús exclamó: “Tengo sed” dirigido a todos nosotros.

Recordemos a la Madre de Jesús y a las mujeres junto a la cruz.

Jesús dijo: “Mujer, ahí tiene a tu hijo” y al discípulo: “Ahí tienes a tu Madre” Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa. Era Juan.

La hizo así Madre de la Iglesia y Madre nuestra, a la que debemos el amor a la Madre de Dios. Así se abrió el camino de la salvación.

Jesús murió con estas palabras: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lc. 23,46). “Está cumplido” (Jn, 19,30).

Jesús se dio a Si mismo a la muerte por amor.

No fue muerto. No lo mataron. Él se dio y se entregó a la muerte por amor a nosotros, para vencerla.

El sol se apagó. El velo del Templo se rasgó de arriba abajo, la tierra tembló, muchos muertos resucitaron.

El centurión, al frente de la crucifixión reconoce: “Realmente este era el Hijo de Dios” (Mc.’ 15,39)

Bajo la cruz comienza la Iglesia (Ratzinger 555).

No le cortan las piernas porque ya estaba muerto. En cambio, traspasan el corazón de Jesús del que sale “sangre y agua”.

Los Padres han visto en estos flujos una imagen de los dos sacramentos del bautismo y la eucaristía.

Naturalmente estas consideraciones sobre la muerte de Jesús pueden ser profundizadas con una bibliografía amplísima que cito, en parte, en nuestro EL AMOR QUE ES SER AMADO.

Pablo entiende el abandono de toda la existencia de Dios, un abandono en el que el hombre se une a Dios participando como “víctima

viva y santa” por el poder de la santidad divina que supera toda nuestra insuficiencia (Ratzinger, 565).

MISTERIOS GLORIOSOS

I

RESURRECCION DE CRISTO

Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe, dice tajantemente San Pablo. Se trata de un “sí” o “no”.

Es necesario ver el sentido estricto y exclusivo de la Resurrección de Cristo.

Jesús resucitó para no morir más. Para la eternidad de su diestra al lado del Padre.

No muere más. Venció a la muerte. No es una resurrección como las que se produjeron en los milagros de Jesús.

Él mismo disolvió la muerte. Se sometió a ella para quitarle todo poder

No puedo ni quiero analizar a Ratzinger y a la doctrina. Pero lo esencial es como si hubiera desaparecido la muerte para y por Jesús.

Cuando Jesús murió en la Cruz, murió Dios, murió el Hijo de Dios en su naturaleza humana. *Dios experimentó la muerte humana*. Meditemos con nuestra mayor devoción este punto. ¡Dios murió humanamente! Es un misterio y un consuelo. Roguemos al Señor que se apiade de nosotros en esa hora nuestra.

Él entregó su cuerpo flagelado y atormentado, más torturado que todas las torturas. Pensemos tan sólo en que muchos no soportaban la flagelación: morían en ella.

Además, el alma que entregó era su alma. Entregó la humanidad de Dios, como un modo de ser de Dios; el *modo de ser* no divino que el Hijo de Dios tomó para sí (Ocariz. F, *Naturaleza, Gracia, Gloria*, cit. p. 324, recomendando su lectura íntegra). Así, Dios murió más verdaderamente que los hombres.

Su cuerpo no sufrió la corrupción (*Ibidem*).

La permanencia de la Encarnación en la carne muerta de Jesús confiere a la muerte de Cristo una especialísima plenitud sacrificial (*Ibidem* p. 325).

La resurrección fue verdadera vuelta del alma con el cuerpo. Es un hecho real e histórico.

Resucitó a la vida inmortal. Fue la unión del mismo cuerpo con la misma alma. Fue gloriosa por la comunicación de la carne a la gloria del espíritu (*Ibidem*, p. 329 n. 27).

La gloria comprende la inmortalidad, la claridad, agilidad y sutileza (*Ibidem*, n. 28).

Ha de destacarse la eficacia salvífica de la glorificación de Cristo.

La resurrección de Cristo es causa de nuestra resurrección (Ocariz, p. 337 n. 8).

II

RESURRECCION Y ASCENSION

Hay que considerar los dos misterios y destacar que la Ascensión añade algo a la Resurrección. “Pero si me voy, os lo enviaré (al Consolador-Espíritu Santo).

Cristo participa plenamente en el ejercicio de la potestad divina universal, con el poder de juzgar a todas las gentes. Participa del Señorío de la creación. Me atrevería a decir como Cogobernador del Mundo, esto es, de todo lo creado (v. Ocariz y la amplia bibliografía citada en p. 339 a 341). Cristo es también, cabeza de la Iglesia y el hombre, un ser en Cristo.

Ratzinger nos recuerda el enorme “gozo” de los discípulos *después* de la Ascensión, porque tenían *a su Cristo en el cielo*. Ellos y nosotros somos peregrinos que se dirigen hacia la final perfección de la materia humana, que corresponde plenamente al designio de su amor “instaurar todas las cosas en Cristo, las del cielo y las de la Tierra” (Ephes. 1,10) “*Gaudium et Spes*” n. 45.

De este modo y sólo de éste, podemos participar, por la instauración de todas las cosas en Cristo, en su Resurrección y Ascensión. Es mucho decir, pero lo dice nuestra Madre Iglesia.

Luego de las apariciones terrenales de Jesús y sus últimas palabras
ASCIENDE AL CIELO.

SUBIÓ AL CIELO

A pesar del aparente abandono, los discípulos volvieron a Jerusalén “llenos de gozo y alegría”, alabando a Dios.

¿Cómo es posible?

La ascensión es una cercanía que hace a Jesús presente entre ellos, porque ahora tienen la prueba absoluta de su divinidad. Saben que su amigo es Dios y está en el Cielo. ¿Que más pueden pedir? Ellos son los discípulos del Todopoderoso. Todo lo que ocurra será “dentro de la voluntad de Jesús”. Nada pueden temer. Porque la historia se hace una con la voluntad de Dios.

Nada pueden considerar ajeno a la voluntad por la que predicarán. Todo martirio será victoria.

Los discípulos se saben gobernados por un gobernador infalible. Si meditamos esto podríamos comprender el regreso a Jerusalén con gran gozo.

III

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

Repasemos en el Catecismo de la Iglesia todos los números sobre el Espíritu Santo, el Paráclito, el Abogado, el gran Desconocido.

Aquí no corresponde un tratado sobre el Espíritu Santo. Sino cantar la gloria, el misterio glorioso de su venida.

IV

LA ASUNCION DE MARIA A LOS CIELOS

Véase nro. 966 del Catecismo.

...fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial y enaltecida por Dios como Reina del Universo.

V

CORONACION DE MARIA S.S. COMO REINA Y SEÑORA DE TODO LO CREADO

¿Cómo puede ser esto si Dios es el Rey y Gobernador del Universo?

Sin embargo, de María Santísima decimos: “Más que Tu, solo Dios”.

Es razonable toda magnificencia con la Madre de Dios, con causa de nuestra salvación.

Hay algo sencillo de entender. Nuestra Madre jamás puede contradecir a Dios. A lo sumo puede adelantar su hora, como en Caná, aunque el adelanto de Caná parece excepcional.

MISTERIOS LUMINOSOS

I

EL BAUTISMO DEL SEÑOR

En el libro de Ratzinger podemos leer la historia de este misterio, que, ilustra la pretensión de divinidad de Augusto y el incipiente choque y martirios posteriores de cristianos. Con el bautismo los cristianos se jugaban la vida. Y los que invitaban al bautismo también.

El significado completo del bautismo de Jesús sólo se hace visible en la cruz. El bautismo es la ascunción de la muerte por los pecados de los hombres (Ratzinger 113).

La palabra bautismo designa su propia muerte (Mc. 10.38, Lc. 12.50).

Con el bautismo de Jesús comienza su vida pública y el camino hacia la cruz.

El bautismo cristiano es la anticipación de la muerte en la cruz (Ratzinger 119). Esta nota es sólo referencia al libro de Ratzinger.

II

LAS BODAS DE CANA

Sabemos los hechos. María dice a su Hijo “No tienen vino”.

Nosotros ¿Cuántas veces no tenemos vino? Tenemos que ir a María que intercede por nosotros siempre. Cada palabra del Evangelio es Palabra de Dios. Es razonable que tratemos de sacarle el sentido, pues, con perdón, Dios no habla inútilmente. Su Palabra va destinada a caer en buena tierra.

Jesús entendió al instante las palabras de su Madre como un requerimiento.

Al principio dijo que no era aún su hora. Podemos interpretarlo como un No.

Pero veamos el doble milagro que consigue nuestra Madre.

DOS MILAGROS

Ella le dice a las personas involucrada estas palabras: “HACED LO QUE ÉL OS DIGA”.

Podemos entender que María presentía que Jesús haría algo. No sabía qué.

Jesús hizo del agua el mejor vino. Fue su primer milagro. A pedido de su Madre.

Podríamos pensar: Jesús no le puede negar nada a su Madre que le dio la vida humana.

Pero no sabemos. Meditemos en nuestro corazón este tácito pedido de Nuestra Madre que es la Madre de Dios y nuestra.

II

LA LLAMADA A LA CONVERSION

¿Por qué la llamada a la conversión en el anuncio del Reino de Dios es un misterio?

Para la conversión a las enseñanzas de Cristo, esas deben convertir ante todo nuestro corazón. Para la conversión necesitamos la gracia. Pues esta nos hará posible cambiar nuestra vida para hacerla vida cristiana.

Necesitamos la gracia, que debemos pedir, de la conversión, de la dirección de nuestra vida al cumplimiento de la Palabra de Cristo.

Como se ve, esa vuelta a Cristo debe ser tarea constante.

Primero hemos de convertirnos nosotros y luego ayudar a nuestros prójimos a los que Jesús nos envía.

La conversión requiere oración en la que pedimos a Dios la gracia que nos auxilie a cambiar de camino. Ir a Dios, comulgar con Él.

Hemos recibido el mandato de enseñar el Reino de Dios. “Id y enseñad a toda criatura”.

La conversión es necesariamente apostólica. No podemos caminar solos hacia Dios para hacer la obra que Él nos pide. Tenemos que ir nosotros con los nuestros, que libremente acepten acompañarnos. Se trata de una invitación divina. Obligar en libertad. Obligar sí, “*compele*”, porque es Dios quien nos manda. En libertad, porque la conversión debe hacerse conforme a la naturaleza humana. Debe ser con todas las fuerzas libres de nuestras almas auxiliadas por la gracia de Dios.

IV

LA TRANSFIGURACION

DEL SEÑOR

Es un misterio muy luminoso. *El rostro del Señor se puso resplandeciente como el sol y sus vestidos blancos como la luz* (Mt. 17.2).

Imaginémonos, si pudiéramos esforzarnos para ello, aquella luminosidad celestial que fue un imán para Pedro, Santiago y Juan.

El Padre nos mandó que le escuchemos, es decir, que lo sigamos.

Pidamos aquí también la gracia de oír. Esta es la primera porque tenemos que querer, que buscar, que luchar por oír. Oír al Hijo de Dios, a la Palabra de Dios. No es como oír una poesía, o la música más elevada. No. Es oír un mandato, un consejo, toda palabra de Dios.

La palabra de Dios no es un poema que significa cualquier cosa que a alguien le plazca. Es una ley. Es la ley de Cristo. Es algo tan serio que en su cumplimiento nos va la vida eterna.

Jesús a veces habla en parábolas. Estemos atentos a cada palabra de la parábola. Para escucharlo bien a veces tenemos que consultar con expertos en la lengua que Él usaba y su contexto histórico.

Pero no siempre es necesario.

La Transfiguración es una confirmación celestial de la palabra de Cristo, el Amado del Padre “en Quien se complace”. No olvidemos: es amado y es el complaciente del Padre. Lo ama y se goza en Él. Tengamos esto siempre presente, y en la hora de la Pasión. Oír y rezar. Frutos de la Transfiguración

V

LA INSTITUCION DE LA EUCARISTIA

Naturalmente sobre este misterio podría escribirse un tratado o varios. En realidad se han escrito. La remisión a ellos es la primera cosa que hay que hacer. Id pues, a los libros sobre la Eucaristía.

Jesucristo instituyó la Eucaristía en la Cena anterior a la Pasión.

Ahora bien, tenemos verdaderamente el Cuerpo y la Sangre de Cristo en las especies de pan y vino, consagradas. Ahí, oculto, se esconde el Rey del Universo para nuestro alimento de salvación.

Pensar que el Señor ascendió al Cielo y se quedó en las hostias consagradas para nosotros. Para todos. El que lo coma tendrá la vida eterna, dice el Señor.

Vida. Y no cualquier vida. La vida eterna. Estas afirmaciones escapan a mi posible comentario.

Podemos comerlo, visitarlo, hablarle, adorarlo, meditarlo, contemplarlo como al ser más amado. Defenderlo, custodiarlo. Dar nuestra vida por Él, en el martirio eucarístico en defensa de toda profanación. Es Cristo. Es todo Cristo real y oculto; frágil, expuesto a que los hombres... es preferible callar.

Es el mismo que está a la derecha del Padre. Es el Rey del Universo. Y está ahí, así. Es verdaderamente una locura de amor para todo el que esté en su sano juicio de creerlo.

Es una prueba evidente del amor de Dios a los hombres.